

EL MITO DEL LIBRE COMERCIO

Todo lo que se dice a favor del Tratado Transatlántico de Comercio e Inversión (TTIP) o está terriblemente sesgado y manipulado, o es un error. Para empezar es falso que consista en un tratado de libre comercio, pues el libre comercio no es reivindicado hoy en día por ninguna nación que sea grande y desarrollada. El libre comercio fue una práctica del siglo XIX que duró unas pocas décadas y que fue luego arrumbada debido a sus inesperadas e indeseables consecuencias. El ‘laissez passer’, lo mismo que el ‘laissez faire’, es un mito que mal se compadece con los hechos económicos contemporáneos.

Así lo entendieron tanto Marx como Keynes, dos gigantes de la economía, para quienes el capitalismo sería difícilmente entendible sin las muletillas de la intervención del Estado: baste considerar el presupuesto público de cualquier Estado moderno para convencerse de ello.

Además, otro gran economista, Joseph A. Schumpeter, llegó a dictaminar, por la misma época que Keynes, que el capitalismo no sólo es inseparable del monopolio y el oligopolio, sino que los necesita para evolucionar y expandirse. Como muestra, un botón: las ingentes plusvalías que genera la pujante ‘economía de la información’ no serían más que humo si no existieran las patentes y el copyright (por cierto, dos monopolios que no son ‘naturales’, sino creados y otorgados por el Estado).

Por libre comercio hay que entender la libertad de intercambios con el exterior, y para todas las mercancías y servicios. Los orígenes de la expresión ‘free trade’ se encuentran en el debate económico que tuvo lugar en la Inglaterra del siglo XVII, alrededor de las ventajas e inconvenientes del comercio con Francia. Fue Charles Davenant (1656-1714) quien sostuvo que ‘trade is in its nature free’. Pero fueron los economistas Adam Smith y David Ricardo sus más conspicuos defensores; por cierto, que lo hicieron socapa de un argumento que hoy en día no suelen utilizar ni los liberales ni los social-liberales, a saber: la lucha contra los monopolios, tanto de los manufactureros (Smith) como de los terratenientes (Ricardo). No obstante, y según el historiador Paul Bairoch, el sistema aduanero proteccionista constituyó la regla para TODOS los países que se desarrollaron en el curso de los siglos XVIII y XIX; el librecambio apenas ocupó el estadio de las décadas de 1860 a 1890, y fue un rotundo fracaso al dar de nuevo paso al proteccionismo.

En realidad, el TTIP no es más que un acuerdo de integración económica regional entre dos áreas geográficas hasta el momento relativamente independientes. Es uno de tantos acuerdos de integración regional que se extienden hoy en día por distintas latitudes del planeta, como por ejemplo en Asia y en América Latina. El lector debe tener en cuenta que si bien los intercambios se liberalizan dentro de estas áreas económicas, FUERA de ellas se sigue aplicando el proteccionismo, y puede ser que con mayor fuerza. En el origen de estos acuerdos se encuentran, en no pocos casos, rivalidades geoestratégicas entre los países que se resuelven por medio de la creación de coaliciones, de la misma manera –mutatis mutandis– que dentro de una economía nacional se producen

coaliciones oligopólicas entre empresas de cara a desplumar a otros agentes económicos (consumidores, empresas rivales o el Estado).

Como han puesto de relieve distintos artículos de opinión publicados en Público.es, existen fundadas razones para pensar que la motivación principal para el surgimiento de este acuerdo entre Europa y los Estados Unidos no es otro que buscar reforzarse mutuamente para acabar con el ascenso y predominio de Asia como emporio mundial. A este respecto, podríamos parafrasear a Clausewitz y decir que en ocasiones el comercio se convierte en una prolongación de la guerra por otros medios (nada que se parezca al ‘doux commerce’ de Montesquieu, para quien el comercio era siempre portador de la paz entre los pueblos). Sin embargo existe una cuestión colateral del asunto, aunque no de menor importancia, que aún está por ver cómo se concluye: o el acuerdo se lleva adelante a costa de las clases populares europea y americana (el proyecto ahora en marcha), o se busca finalmente su adhesión mediante medidas económicas distributivas (renta básica, etc.).

En definitiva, me parece que criticar el TTIP sólo por las consecuencias negativas que podría producirnos a los españoles -como ocurre con algunas voces-, es quedarse corto en la crítica intelectual: condenemos también las rivalidades internacionales y el ventajismo en cualquiera de las formas en que estos se produzcan, aunque puedan beneficiarnos.

CARLOS JAVIER BUGALLO SALOMÓN

Licenciado en Geografía e Historia
Diplomado en Estudios Avanzados en Economía